

AUTORA: NORA CIFUENTES ALAMI (2º C DE BACHILLERATO)

EL ATRAPASUEÑOS

“Ocurre a veces que los ojos de una persona, cuando miran a alguien por primera vez, son capaces de traspasar el alma del observado. Cuando ésto sucede, dará igual todas las barreras que se establezcan después del contacto: sus almas estarán ligadas para siempre por un amor imperecedero, que se consumará de forma inevitable perdurando aun después de la muerte...”

Así empezaba una de las muchas historias que mi abuelo, líder de nuestra tribu, nos relataba mientras trabajábamos al sol. Hasta unas semanas antes de mi muerte, creía que todo aquello eran simples leyendas con las que trataba de hacernos olvidar el duro peso del trabajo y que nada tenían que ver con la realidad... ¡Qué equivocado resulté estar!

Recuerdo aún el día en que conocí a Margaret Keating. El Mayor Keating la trajo a su plantación, en la que mi tribu trabajaba para él, un caluroso día de verano. Se trataba de su joven y atractiva sobrina, huérfana desde hacía muy poco, y venía para quedarse.

Fue entonces, en el instante en el que ella, tras posar en la tierra el tacón de la bota de montar que cubría uno de sus diminutos piecitos, alzó la vista hacia la extensa plantación, cuando las dos esmeraldas engarzadas en el centro de su rostro se clavaron en mis ojos de águila, y supe que mi abuelo tenía razón, puesto que comprendí en aquel instante que ella sería la mujer de mi vida. Claro está que Margaret ni siquiera reparó en mí, de hecho no se fijó en ninguno de nosotros de forma concreta; simplemente posó su mirada en el campo trabajado, arrugando su pequeña nariz pecosa con desdén, mientras se retiraba con una mano los rizos dorados que caían en cascada adornando su níveo y esbelto cuello para, acto seguido, volver a subir al caballo y seguir a su tío hacia el que sería su nuevo hogar.

Durante los siguientes días, intenté por todos los medios no pensar en ella, no acercarme a los límites de la plantación cercanos a la mansión Keating y no fijarme en ella cuando cabalgaba seguida de algún empleado de la casa, con sus cabellos confundiéndose con los rayos de nuestro adorado sol. Pero fue en vano, Margaret Keating había traspasado mi alma para anclarse dentro de mi corazón. Yo sabía que cualquier intento de acercarme a ella no sólo resultaría, siendo yo un simple esclavo, inútil, sino que lo más probable es que acabase con un balazo en la frente. Por ello, y dado que era imposible matar el sentimiento que de forma tan brusca había nacido en mí, decidí, usando las más ancestrales artes de mi tribu, conquistarla en el único lugar en el que las clases sociales y las razas no tenían valor: en los sueños.

Así fue como Margaret recibió un paquete anónimo que encontró en el alféizar de su ventana una mañana al despertarse. Se trataba de un enorme atrapasueños, objeto desconocido para ella pero cuyas mágicas propiedades yo conocía muy bien; era de color plata y con hermosas plumas blancas decorándolo. Extrañada por la desconocida procedencia del obsequio, lo observó con curiosidad y, tras deleitarse mientras lo sujetaba entre sus pálidas manos, decidió colocarlo, siguiendo las indicaciones de una breve nota sin firma, colgándolo sobre su almohada. Ella desconocía, en aquel momento, que ese acto conllevaba el otorgarme la llave de su corazón ya que, a partir de que aquel día cayera la noche, yo haría mía su alma, al igual que ella se había apropiado repentina e incomprensiblemente de la mía.

Y así esperé, durante aquella larga jornada, pasando como siempre desapercibido mientras trabajaba empapándose mi tez morena de sudor, a que cayera la noche. Por fin, como respuesta a mis plegarias, vi como el último rayo de sol se ocultaba en el horizonte y un manto negro bañaba la finca, con la oscuridad como cómplice de lo que estaba a punto de hacer.

Aquella noche, a través del atrapasueños y con la ayuda de los espíritus, tuve mi primer encuentro directo con Margaret Keating. La trasladé conmigo y ella, en su hipnosis, me siguió, tomando por primera vez mi mano, que contrastaba entre las suyas como si el carbón y la nieve se entremezclaran en un casual saludo, hacia un lugar donde el supremo sol brillaba más bello que nunca, donde por los prados todas las criaturas aún corrían libres y donde los ríos arrastraban

consigo el canto puro de la naturaleza. Yo reí cuando vi cómo miraba, sorprendida, el primer torso desnudo que tenía cerca, y ella, confusa, preguntó mi nombre que yo, con la sonrisa aún en mis labios, le susurré al oído: “Chactas”. Y quizá entonces el cielo nocturno de mis ojos logró atravesar su alma igual que el verde esperanza de los suyos hizo conmigo el primer día, porque sentí que, aun en su desconocimiento hacia mí, ella ya empezaba a ser mía. En ese momento en que había logrado tocar y ver cerca mi objeto de amor y deseo, habiéndola tenido por unos instantes a mi lado, pensé que tendría suficiente y que no sería necesario volver por ella, pero me equivoqué...

Sólo aguanté dos noches antes de regresar por ella. Y Margaret, nuevamente, vino conmigo y me habló: me contó todo sobre ella, confesándome el sentimiento de pesar que su nueva vida le producía; me contó que extrañaba su tierra, que echaba de menos encontrar la Catedral de San Pablo cada mañana cuando asomaba su cabecita por la ventana, restregando sus somnolientos ojos verdes con los primeros y escasos rayos de sol; que extrañaba a su madre, sus clases de piano y el aroma del té que tomaba por las tardes mientras escuchaba el canto de la lluvia sobre las calles londinenses, siempre cubiertas de niebla, en armonía con el crepitar del fuego de la chimenea de su salón. Y yo escuché todas y cada una de sus confesiones, evitando el tener que confiarle las mías dirigiendo cada pregunta suya a ella, logrando que venciera su necesidad de desahogo a su curiosidad y fuese ella la única en hablar. Así, fui conociendo a la Señorita Keating más cada día, convirtiéndome en su confidente, y mis visitas comenzaron a ser diarias, pese a lo difícil que empezaba a ser cambiar de tema cada vez que me preguntaba como y por que llegaba a ella cada crepúsculo.

Un día en que, por haber sido descubierto distraído -absorto en mis pensamientos, dirigidos todos hacia mi amada de ojos verdes- fui castigado a continuar trabajando mucho después del final de la jornada, Margaret me recibió con el reproche latente en su tierna mirada, pues su impaciencia le había hecho temer que faltaría a nuestras citas no concretadas. “¿Dónde estabas?” -cuestionó, recriminándome con su melodiosa voz -“¡Te he estado esperando durante horas!” Yo la tomé por el mentón, alzando su dulce rostro hacia el mío y, antes de dejar que el resto de recriminaciones que asomaban por su boca entreabierta fuesen pronunciadas, sellé sus labios con un beso que, para mi sorpresa, fue correspondido cuando su manita temblorosa agarró mi fuerte cabellera azabache y su lengua inexperta buscó la mía con nerviosa timidez. Siendo imposible el

autocontrol en aquel momento en el que ella, ignorando el paraíso de su alrededor, me observaba con increíble adoración, tuve, haciendo un esfuerzo sobrehumano por no dejarme llevar y poseerla en aquel mismo momento, que devolverla al mundo real donde despertó, horas después, aturdida, con un leve rubor hasta ahora desconocido para ella adornando sus mejillas, con el busto marcándose a través del camisón y con mi nombre aún vivo entre sus humedecidos labios.

Creí que se habría dado cuenta de lo cercano de mi presencia, que iría a buscarme entre los esclavos, que preguntaría por mi nombre y me encontraría, pero Margaret, aún turbada, permaneció en la mansión, sintiéndose probablemente avergonzada por haber tenido, aunque fuera en sueños, pensamientos inadecuados para una señorita como ella.

Sabiendo que me estaba embarcando en un viaje cuyo destino no podía ser sino el fracaso, decidí intentar con todas mis fuerzas no volver a visitarla pese a mi deseo irrefrenable de hacerlo y el pesar que me producía no tenerla frente a mí ni oír su voz celestial hablándome de todo y nada. Y me mantuve firme, no dos noches, sino cinco, en mi decisión, viéndola irse a dormir nada más se ponía el sol, esperándome impaciente a mí, a aquel que cada día pasaba desapercibido ante sus ojos cuando con altivez se paseaba por la finca, siempre acompañada por algún empleado blanco. Pero, cuando al quinto día la ví llorar, fue imposible contenerme, y volví a buscarla. Esa misma noche en que aquella nube se había posado horas antes en su rostro, regresé a sus sueños para llevármela a ese locus amoenus que había creado para ella.

-“Me caso, Chactas” -dijo con un hilo de voz- “mi tío quiere desposarme.” Horrorizado, la tomé entre mis brazos, estrechándola con fuerza, como si fuese posible hacerla permanecer ahí eternamente, pese a lo absurdo de todo.

-“¿Qué es lo que quieres de mí?” -me preguntó con desesperación- “¿Por qué me visitas cada noche?”

-“Porque me has robado el alma”

-“¿Yo? No sé de lo que hablas...” -musitó confusa “-¡Pero sácame de aquí, por favor!”

-“No puedo” -respondí con impasibilidad, sorprendido ante la petición.

-“¿Por qué?” -cuestionó desesperada

-“Porque para ello tendría que arrancarte la vida”

-“¡Pues hazlo!” –chilló- “¡Total, ya me has arrancado tú mi alma a mí igual que dices que yo a ti la

tuya”- gimio mientras sus manitas se cerraban en puños que golpeaban mi pecho- “¿Qué más da entonces que me lleves contigo?”

Y, para tranquilizarla, prometí que la llevaría conmigo. Ella, agradecida, se lanzó a mis brazos, como si no pudiera sostenerse sin hacerlo; y entonces, mientras enredaba mis dedos en sus rizos de seda, rodeé con el brazo que tenía libre su delineada cinturita y la besé, y, en aquel segundo beso, no dudé en apretarla mucho más fuerte hacia mí, sin que ella opusiera resistencia alguna y, perdido en el éxtasis, ya no me detuve. Así, mientras su cuerpo se retorció entre las sábanas, hice ya del todo mía a su alma a la par que observaba todo subido a su amplia ventana, haciendo al atrapasueños que colgaba sobre su cama brillar con fuerza.

En ese momento, el Mayor Keating se despertó, probablemente alertado por los gemidos que escapaban del cuerpo dormido de su prometida. No alerté su presencia, ocupado en amar a Margaret y llevarla al clímax, hasta que su rifle, apuntando directamente a la ventana, fue disparado acabando así con mi vida. No pude evitar sonreír mientras mi inerte cuerpo caía dos pisos abajo al jardín de la mansión, y yo continuaba vivo en aquel mundo de ensueño que para Margaret había creado y en el que ella se quedaría atrapada, voluntariamente, entre mis brazos, para no despertar jamás.

Porque lo que el señor Keating no sabía es que el alma de Margaret y la mía se hallaban conectadas gracias al amor que ligaba nuestras vidas y a la magia de aquel atrapasueños que sólo yo tenía el poder de manejar. Por eso, al morirme e interrumpirse así la conexión, el portal que unía el mundo de los sueños, en el que se hallaban nuestras almas, y el mundo material, donde estaban nuestros cuerpos, se cerró, sumiendo a Margaret en un sueño profundo que ni los desesperados gritos de su tío, alertando a los criados, ni sus intentos por reanimarla, podrían romper.

Margaret Keating dormía ahora, y eternamente dormiría, con una sonrisa dibujada en su hermoso rostro, puesto que yo había cumplido su petición de llevarla conmigo. Y así permaneceremos, en un mundo sin barreras, juntos, juntos para siempre.